



LA MONTAÑA MALDITA

BEGOÑA GARCÍA CARTERON



Encerradas en un calabozo del castillo de Montjuïc, dos mujeres jóvenes padecen torturas acusadas de unos hechos que no han cometido: haber abandonado en una calle dos bombas Orsini. Ambas son obreras y durante su cautiverio rememoran una vida de lucha constante en la que, sin embargo, no han hecho mal alguno. El único delito que han cometido ha sido ayudar a escapar de la prisión a una niña, y de eso hace ya años. Se trata de una niña muy especial, una médium con poderes sobrenaturales. Mientras resisten como pueden, las mujeres se preguntan si no será la niña la responsable de cuanto les ocurre. Si no será una farsante que ha utilizado a todo el mundo para que sus profecías se conviertan en realidad. Pero cuando están a punto de confesar unos crímenes que no han cometido, obtienen la libertad gracias a la mediación de la niña. ¿Tendrán fundamento sus sospechas? ¿Quién es realmente esa niña? Y ¿qué papel desempeñará para ayudar a los quinientos anarquistas que se encuentran entre rejas durante el Proceso del Montjuïc?

El vínculo con los centros obreros y con la líder sindicalista Teresa Claramunt, la representación teatral a cargo de una joven compañía de aficionados de una obra de Ibsen y la relación con los artistas modernistas Ramón Casas y Santiago Rusiñol marcarán los pasos de su tragedia personal.

Begoña García Carteron recoge en su novela unos hechos históricos desde la óptica de las trabajadoras en lucha. Una historia angustiante, trágica y llena de fuerza con el Castillo de Montjuïc y su oscuro pasado como telón de fondo.

A Magdalena Poch, Agustina Casas, Pep Poch, Joan Casas, Antoine y August Carteron, nombres de personas reales a los que yo he dado una vida de ficción. A Ramón Casas, Santiago Rusiñol, Pere Coromines, Felip Cortiella y su Compañía Libre de Declamación, a los que he metido en líos inventados. Espero que, allá donde estén, no se enfaden conmigo.

A Teresa de Claramunt y a Joan Montseny, por sus escritos.

Al historiador Antoni Dalmau, que con su libro *El procés de Montjuïc* me facilitó la biblia histórica sobre la que edificué esta novela.

Y a mis *beaux-parents*, Nanou y André Carteron, que siempre me cuidan con tanto amor.

EL DELITO

1

Sangre garantizada. Ese era el reclamo que prometía el *cock-pit*, la sesión matinal dominical del Español. La sangre de los gallos luchando en la arena, la peor jornada de trabajo para una mujer sensible.

La gente abarrotó la entrada desde primera hora y desbordó el aforo. Hombres, mujeres y niños de todo tipo, condición y procedencia, dispuestos a apostar su dinero para disfrutar y aplaudir viendo cómo unos animales espolcados se agredían hasta la muerte. El dolor ajeno nunca debería provocar apuestas, ni aplausos ni risas ni regocijo. La multitud le impidió a Magda pasear su cesta más allá del vestíbulo y pudo librarse de la visión del espectáculo, toda una suerte.

Nadie quedó decepcionado. Los cuatro combates contaron con ejemplares procedentes de los mejores equipos gallísticos del país y en uno de ellos lucharon seis gallos a la vez. Seis animales más torturados y sacrificados a fin de hacer negocio. Un éxito apabullante que convirtió aquel domingo en la mejor jornada de la temporada para el empresario, y en la más intensa y agotadora para los asalariados.

Cuando acabó, se habían liquidado las existencias de tabaco previstas para vender en todo el día. La sangre, ya se sabe, invita a quemarse por dentro y a envolver el entorno de humo. Magda y su compañera se vieron obligadas a dedicar la hora del almuerzo a ir en busca de material de contrabando para preparar cigarros y pitillos y llenar las cestas de venta, sin descansar siquiera para comer.

Un público masivo y con ganas de jolgorio superó las previsiones de la sesión teatral de la tarde y acabó de nuevo las existencias. Por no quedar, no quedaron ni cacahuetes. Un par de *pinxos* habituales, siempre alertas y dispuestos a sacar beneficio de cualquier cosa, aparecieron con más material, que el jefe de sala pagó caro, y ellas liaron y llenaron cestas a destajo para llegar a tiempo y con suficiente mercancía a la sesión de noche, la más concurrida. Se agotó todo al poco de abrir puertas.

Apuraban hasta la última picadura para ofrecer algo en sus cestas durante la salida final, cuando unos hombres, procedentes de un café vecino, irrumpieron en el vestíbulo difundiendo una horrible noticia. La ciudad había sufrido un nuevo atentado en el que habían muerto seis personas.

¡Un nuevo atentado! No tardó en correr la voz entre los trabajadores y el público del teatro. Acababa de pasar, hacía poco menos de una hora, durante la procesión del Corpus de Santa María del Mar, al paso por la calle de Cambios Nuevos, numerosas personas habían resultado heridas y los muertos eran pobres vecinos, gente sencilla; y entre ellos había dos niños. Era una absoluta tragedia, una barbaridad.

—¿Qué edad tienen los niños? —preguntó Magda horrorizada, pensando en su hijito.

—Siete u ocho, no lo sé —respondió uno de aquellos hombres, sin prestarle demasiada atención.

Respiró aliviada. Su hijo aún no había cumplido los dos años y no podía ser una de las víctimas. Estaba a cargo de la tía Roser, que a veces se dejaba guiar por la palabra de Dios e iba a la iglesia y a las procesiones, aunque no se la imaginaba yendo hasta Santa María del Mar, en la otra punta de la ciudad.

La noticia se extendió rápidamente provocando el estupor y la angustia generalizada, y disipando de un golpe la alegría del día festivo. No eran ni las diez de la noche y

la gente empezó a largarse con la sesión a medias, sin siquiera comprar tabaco. La platea, que había estado llena hasta los topes, perdió el público entre una función y la siguiente, y se quedó completamente vacía antes de que el tenor cómico estrella de la noche cantase *La verbena de la Paloma*. El empresario decidió cerrar puertas y enviar a casa a los actores. Podía haber disturbios y era mejor que se recogiesen cuanto antes. En cambio, no dejó que los trabajadores de sala y de puerta hiciesen lo mismo. Expuso que hacía ya días que era necesaria una limpieza general a fondo y tenían que aprovechar la ocasión. Para un empresario nunca había mal que por bien no viniese.

De nada sirvieron las quejas de los porteros. La amenaza de despido caló hondo entre todo el personal y allí limpió incluso el apuntador. Después de doce horas dentro, cualquiera hubiera elevado un debate enfurecido por la injusticia laboral, pero ni las chicas del tabaco ni las del guardarropa ni los acomodadores ni ningún otro trabajador se atrevió a rechistar. Solo podían pensar en la tragedia que había provocado aquella situación. Un nuevo atentado y con una intensidad incluso más dramática que la tragedia del Liceo, sucedida hacía poco menos de tres años...

La bomba había estallado en la esquina de la calle Cambios Nuevos, al paso de la cola final de la procesión, cuando ya habían desfilado la Custodia y todas las autoridades, y solo quedaban ciudadanos de a pie. Era horrible y no tenía ningún sentido. ¿Quién lo habría hecho?

Las voces llegadas de la calle apuntaban a un acto de terrorismo anarquista cometido por algún extranjero, aunque allí nadie lo quería creer. Era imposible. Ningún anarquista atentaría contra la gente sencilla, ni siquiera uno extranjero. No hay ideología en el mundo que disculpe ni valide un acto de terrorismo, no hay víctimas, ni anónimas ni conocidas, que merezcan la muerte en defensa de ninguna causa. La lucha obrera solo busca defender la vida.

Magda pensó en su hermano y se acercó a la puerta para avisarlo de que saldría más tarde que de costumbre. No lo vio. Quizá se había retrasado. O quizás aquella noche no había ido a buscarla. ¿Dónde se habría metido?

Cuando, por fin, pudo salir, eran casi las dos de la madrugada. Fuera no vio ni a su hermano ni a nadie. Sus compañeras se marcharon por la calle Conde del Asalto, que en lugar de bullir de animación se mostraba sorprendentemente en calma. Tanto que incluso le dio miedo permanecer allí quieta, sin hacer nada y con la semanada escondida entre los pechos, y decidió no esperar a que Pep apareciera. Presentía una catástrofe, aunque no quería pensar en ello para no asustarse más de lo que ya estaba. Tenía que volver a casa sola y no quería tener miedo. No había motivo para sentir temor: aquel camino lo había hecho centenares de veces, desde que había empezado a trabajar en el Español e incluso antes: desde el primer día en que puso un pie en Barcelona. De aquello hacía solo cuatro años y parecía toda una vida.

Miró a izquierda y derecha de un Paralelo desierto: grandes fábricas con mar de fondo a un lado; barracas, edificios en construcción, obras y más obras al otro. Tierra de nadie. Detrás la ciudad guardaba silencio y, enfrente, el más allá permanecía a oscuras. Ni rastro de disturbios. No cruzó. Avanzó pegada a las barracas, dejando el mar a sus espaldas y contemplando aquella enorme avenida en obras y a medio asfaltar que separaba la ciudad del más allá.

Seis muertos inocentes, dos de ellos niños... ¿Quién habría sido capaz de cometer aquella infamia? ¿Por qué habrían atentado contra ellos? ¿Qué sería de las pobres madres que acababan de perder a sus hijos? No puede existir en el mundo dolor mayor para una madre que el de perder a su inocente criatura en manos de asesinos.

Pensó en su hijo y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Necesitaba acudir a su lado cuanto antes y comprobar que estaba sano. Cruzó la avenida mirando asustada a un lado y a otro, aunque no había ni una mala carreta que pudiese atropellarla.

El más allá ofrecía unas cuantas hileras de casas sencillas e irregulares que trepaban por la montaña. No subió por la calle Roser, como hacía habitualmente: estaba demasiado oscura y le resultó lúgubre. Continuó por el Paralelo, pegada a las tapias que cerraban los solares en obras a lo largo de un buen trecho. No se cruzó con nadie y echó de menos al vigilante nocturno que siempre acudía a magrearla cuando la veía sola. Subió por Blasco de Garay, también a oscuras, más larga y empinada que nunca. No atisbó ni una luz a través de ninguna rendija, ni siquiera en la taberna, que acostumbraba a estar abierta a aquellas horas.

Al fondo, en la plaza del Surtidor, parecía no haber ni un alma. Nadie alrededor de la fuente ni en las calles colindantes. Pero el portal de su casa estaba entreabierto y con el vidrio roto, y en el piso de arriba se sentía el llanto desconsolado de su hijo. Corrió asustada hacia él, intuyendo lo peor, cuando un oficial de la Guardia Civil apareció de la nada y le cerró el paso. La apuntó con una espada y la miró de arriba abajo con una mueca desconcertante. El bigote ladeado.

—¿Eres tú Magdalena Poch? —profirió con voz irónica, como si en lugar de preguntar estuviese afirmando.

—Sí, soy yo, ¿qué ha pasado? —La angustia le recorría el cuerpo—. ¿Le ha sucedido algo a mi hijo? Es el niño que llora arriba...

—¿Dónde está tu hermano?

—¿Pep? No lo sé... ¿No está arriba? ¿Le ha pasado algo? ¡Déjeme pasar y subir con los míos!

—¿De dónde sacaste las Orsini, eh? —interpeló un segundo oficial salido también de la nada.

—¿Las qué? ¡No sé de qué me habla!

—Estás detenida.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? —repitió varias veces las mismas preguntas al aire mientras la esposaban y la empujaban hacia un rincón de la plaza—. ¿Qué delito he cometido?

—¡Calla de una vez, puta! —bramó el segundo oficial, atándola a un caballo.

—¡No soy una puta! —exclamó acongojada—. Vuelvo de trabajar, soy una de las cigarreras del Teatro Circo Español del Paralelo. Hoy hemos acabado un poco más tarde... ¡Yo no he hecho nada!

—¿Vives con Joan Casas? —preguntó el del bigote.

—Es mi tío. ¿Está bien?

—Acabamos de detenerlo por posesión de material subversivo. Hemos encontrado libros, diarios, panfletos y propaganda anarquista como para montar un quiosco.

—¡Él no ha hecho nada! Es un buen hombre, es solo que le gusta leer...

—¿Tu hermano es Josep Poch?

—Pep, sí, pero él tampoco ha hecho nada, ¡es un buen chico!

—¿Un buen chico? ¡Venga ya! ¡Si estuvo detenido por el caso del Liceo!

—Sí, pero él no había hecho nada.

—¡Estáis todos implicados! —replicó el segundo—. ¿Dónde se esconde tu hermano, eh?

—¿Cómo? ¡No se esconde en ningún sitio! ¿Qué le habéis hecho? ¿Dónde está?

—Ya nos gustaría saberlo, aunque no te preocupes: lo encontraremos.

—Buscadlo, pues. A mí dejadme ir con mi hijo, por favor, sigue llorando, ¿no lo oís?

—Tu tía se ocupará del niño; a ella no la hemos detenido. Tú tienes que venir con nosotros.

—¡Yo no he hecho nada!

–¿Que no has hecho nada? ¿De dónde sacaste las dos bombas, eh? ¿Y dónde metiste la tercera, eh?

–¿Qué? Les juro que no sé de qué me hablan. ¡Yo no he hecho nada!

–¡Eres sospechosa de tenencia de explosivos y de participación en banda armada!

Abrió unos ojos incrédulos, horrorizados, y escudriñó a aquellos hombres intentando encontrar un resquicio de compasión. No los había visto nunca, a ninguno de los dos y, sin embargo, aquel primer oficial que la había apuntado con la espada continuaba mirándola con el bigote ladeado y una mueca extraña. El gesto de alguien que conoce desde siempre el material que examina y está sopesando los cambios.

–¿Me estáis tomando el pelo? –preguntó desconsolada–. ¿Cómo podéis sospechar de mí? Soy una pobre madre que se gana las castañas trabajando de cigarrera. ¡No tengo nada que ver con eso que decís!

El oficial del bigote la agarró por el pelo, inmovilizándola, y la miró fijamente a los ojos con una especie de sonrisa helada que la aterrorizó. Fueron unos segundos eternos durante los que no le dijo ni le hizo nada. Le soltó la melena un momento después y se giró para no volver a mirarla. Se dirigió al segundo oficial.

–Llévala a los calabozos del Gobierno Civil y da orden de que nadie la toque. Está reservada a mi nombre, ¿entendido? Mañana la interrogaré y la quiero en perfecto estado.

Ella suplicó, gritó acongojada que todo era un error, que tenía que ir junto a su hijo, avisar a la familia de lo que estaba pasando. El primer oficial desapareció en la oscuridad y el segundo le clavó una bofetada a la tercera réplica que la hizo caer al suelo medio inconsciente. El hombre la cogió como a un saco, la cargó sobre el lomo del caballo, la sujetó con la cuerda, montó delante y emprendió galope. El movimiento le sacudía el cuerpo como si estuviesen

dándole una paliza y el dolor le impidió mirar atrás. Notó los ojos de Angélica que la seguían desde el terrado, con una mirada transparente que se perdía en el trasfondo del universo y se abría a la eternidad. Y allí estaba su madre, contemplándola.

¿Le habían hecho algo a su hijo? ¿Por qué lloraba tanto la criatura? No recordaba haberlo oído llorar antes desde la calle. Pensó en aquellos guardias dándole una patada a la puerta y despertando a todo el mundo en la casa... Si habían registrado el piso y detenido al tío, el susto en el cuerpo del niño bien debía valer aquel llanto. ¿Y Angélica? ¿Y Tina? ¿Qué sería de ellas? ¿Se habrían quedado a salvo, en el terrado? Se planteó mil enigmas, pero sus fantasmas no respondían a las preguntas. La sonrisa de su madre en el cielo fue su único consuelo a lo largo de aquel terrorífico camino.

El caballo se detuvo, el consuelo se esfumó y la pesadilla tomó un rumbo nuevo. El oficial la desató y la dejó caer. Saco al suelo. Dos guardias la arrastraron al interior de un gran edificio y la empujaron escaleras abajo hasta un despacho. La cachearon y le requisaron el cortapuros y las pocas monedas que llevaba en el bolsillo. No le tocaron los pechos ni el dinero de su semana. Otro guardia sentado a una mesa llena de papeles le tomó los datos. Un nudo le cerraba la garganta y le costaba hablar; aun así contestó sin sollozar. Nombre: Magdalena Poch. Dirección: Plaza Blasco de Garay, 13 (la plaza del Surtidor). Lugar de nacimiento: Durro (la Vall de Boí). Edad: 22 años. Profesión: Cigarrera, en el Teatro Circo Español. Estado civil: Soltera. Hijos: Sí, uno de dos años. Orden de detención del juez: No hay.

La última respuesta, lanzada desde la puerta por el oficial que la había conducido hasta allí, no se anotó en la ficha.

Ella quiso protestar. ¿Por qué la habían detenido sin una orden del juez? Como respuesta le clavaron una patada en el culo. «Guárdate las preguntas y prepara respuestas para mañana», le dijeron.

El oficial dictó él mismo la orden de detención que se anotó en la ficha: «Miembro de un grupo terrorista. Hermana del anarquista Josep Poch. Sospechosa de haber abandonado dos bombas Orsini en la calle de Fiveller».

Un miedo visceral le paralizó la respiración por unos segundos. ¿De qué hablaba aquel oficial? Todo era un error. Intentó explicarlo; aseguró que ella nunca había abandonado nada en ningún sitio... No la dejaron. La empujaron por un pasillo en el que se oían los gritos de varios hombres que defendían su inocencia y clamaban por salir de allí; otros detenidos de aquella misma noche entre los que quizás estuviese su tío Joan. No pudo verlos. Abrieron una de aquellas puertas, le quitaron las esposas y la encerraron en un calabozo minúsculo y oscuro. Sola.

Era junio y llevaba toquilla, y aun así la invadió una temblequera. Se acurrucó en el único banco que había. Un cuerpo agotado y una mente desbordada por la situación. No entendía por qué la relacionaban a ella con bombas. Dos Orsini abandonadas en la calle de Fiveller, según dictado del oficial. Ni siquiera sabía dónde se ubicaba aquella calle.

Intentó incorporarse y alzar la voz, pedir que la dejaran salir de allí, clamar su inocencia a gritos, pero se derrumbó ahogada en un llanto y sumida en un mareo vertiginoso. Ella no había hecho nada, no había hecho nada, no había hecho nada...

Un mal presagio había cruzado su mente al salir del teatro y no ver a Pep en la puerta. No quiso pensar que él pudiera tener relación ninguna con el atentado de aquella noche, no permitió que su mente barajase aquella opción. Imposible. Pensó en redadas y detenciones, eso sí. Lo tachaban de anarquista. Era un librepensador, sí, aunque él

no comulgaba con la propaganda por el hecho ni con la lucha armada. ¿Cómo iba a estar implicado su hermano en un grupo terrorista? ¿Cómo iba a hacer él daño a nadie? Era cierto que lo habían detenido después del atentado del Liceo, acusado de difundir ideas exaltadas. Aquello había sido una caza de brujas, con detenciones indiscriminadas y más de cuatrocientos encarcelados, y a él lo dejaron libre a los dos meses, porque se demostró que no había hecho nada. Aun así, sabía que un atentado tan sangriento como el de la procesión de Corpus de aquella noche desencadenaría de nuevo arrestos indiscriminados y que si lo encontraban en algún lugar sospechoso, era probable que lo detuviesen. Jamás imaginó que pudieran detenerla a ella también.

Nunca había estado encerrada en un calabozo, aunque por desgracia no era la primera vez que pisaba un presidio. La posibilidad de dar con sus huesos en la cárcel había condicionado su vida en Barcelona desde poco después de bajar del tren, hacía cuatro años. La sola idea rompió ilusiones y cambió las perspectivas vitales de aquella inocente campesina recién llegada del pueblo en busca de un futuro mejor.

Había creído que su destino en la ciudad solo podía ser uno: ejercer de prostituta en una casa de lujo. Su hermana mayor, Empar, a través de unas pocas cartas anuales, había alimentado en ella una visión idealizada de tan vieja profesión. Magda no sabía leer y era el propio cartero quien le descifraba las palabras trazadas en el papel, a cambio de dejarse magrear un rato. Hablaba de ambientes exquisitos, de hombres atractivos a los que acompañaba al teatro y a la ópera, de una vida fácil y alegre... Durante años soñó en reunirse con ella en aquella ciudad que la sacaría de la miseria, un paraíso donde abundaba el trabajo y el dinero, y donde las chicas guapas podían

convertirse en damas y cumplir sus sueños. Tardó demasiado en descubrir que había sido el cartero quien había idealizado la vida de una hermana prostituta, inventándose un contenido que no se correspondía con la realidad.

Cuando llegó a Barcelona, en la estación no encontró a Empar. En su lugar la esperaban la tía Roser y Tina, una sobrina del tío a la que ella por entonces no conocía de nada. Cuando preguntó por la hermana le respondieron con una evasiva. Las dos mostraban gran prisa, porque no querían perder el tranvía de circunvalación que las conduciría a la casa familiar. La hicieron subir corriendo con su pequeña maleta en una tartana tirada por caballos que avanzaba sobre raíles y que las condujo a lo largo de un paseo señorial. Culminaba en una rotonda donde se alzaba un inmenso pedestal desde el cual Colón, el descubridor de América, señalaba el horizonte. Y con él, Magda atisbó, por primera vez en su vida, el mar. Se imaginó a sí misma vestida elegante y paseando del brazo de un señor por aquella avenida. La visión no duró demasiado. El tranvía pasó de largo, dejando atrás la ciudad luminosa, y avanzó hacia la montaña pelada y coronada por una fortaleza militar que cerraba el paisaje. El humo de las fábricas situadas en la falda envolvió el tranvía durante un buen rato. Entonces, aquella avenida en proceso de urbanización llamada el Paralelo, aunque anunciada oficialmente como Gran Vía del Marqués del Duero, se desplegó por primera vez ante ella como un territorio de frontera entre la ciudad y el más allá. Y el más allá, señalado por el dedo de la tía Roser, era el barrio al que se dirigían: el vecindario de Santa Madrona, conocido popularmente como el Poble Sec, que zigzagueaba montaña arriba entre fábricas, huertos y descampados inhóspitos.

El tranvía se había detenido justo delante del Español, una inmensa barraca de madera que por aquella época se alzaba solitaria en tierra de nadie. «Un circo, ya ves. Lo acaban de inaugurar y no durará demasiado –aventuró